

# EN HAITÍ, *kilos de novecientos gramos*

Los mexicanos tenemos mucha experiencia en eso de los sismos. Y sabemos, por experiencia, que un sismo de siete grados y pico en la escala de Richter no tumba edificios bien construidos. Ahí está, como ejemplo paradigmático, la Torre Latinoamericana de la ciudad de México que ha resistido sin el menor daño los dos tremendos movimientos telúricos de 1957 y de 1985.

Sabemos que la moderna ingeniería civil posee los conocimientos técnicos y científicos necesarios para construir edificios e instalaciones invulnerables a sismos de la magnitud del que asoló a Puerto Príncipe, la capital de Haití. Y sabemos igualmente que tales construcciones están calculadas para resistir terremotos de magnitudes incluso superiores a esos siete y pico grados del sismo haitiano.

Estos conocimientos obligan entonces a buscar una explicación para el tamaño de la tragedia de Puerto Príncipe. Y en eso de buscar explicaciones para derrumbes y colapsos inexplicables de edificios, también tenemos los mexicanos mucha experiencia. Parte importante de esa experiencia nos la proporcionó el sismo de 1985. Luego de la tragedia supimos que se derrumbaron edificios públicos y privados en los que, por ejemplo, se había usado alambro en lugar de varilla. Supimos entonces que las edificaciones derrumbadas habían sido construidas sin apego a las normas constructivas (que son, además, de carácter legal).

Y es bueno recordar que la inmensa mayoría de los grandes edificios caídos y dañados eran públicos: el conjunto habitacional de Tlatelolco, un plantel céntrico del Conalep, el hospital Juárez de la Secretaría de Salud. Y si bien es cierto que la zona mayormente dañada fue el centro de la ciudad, debe notarse que en ese mismo centro ciudadano había



(y hay) edificios muy altos que resultaron indemnes.

La edificación sin apego a las normas técnicas de entonces (menos estrictas que las adoptadas por la ingeniería y por el gobierno del Distrito Federal después de ese sismo y vigentes hasta ahora) fue la razón de la magnitud de la tragedia. Y el desapego a esas normas no tiene otra explicación que la corrupción de constructores y funcionarios del ramo en clara complicidad.

Construir con alambro en lugar de varilla o con menos concreto del necesario o hacerlo en terrenos que requieren mayor solidez constructiva son actitudes semejantes a la venta de kilos de 900 gramos. O a pagar con un billete falso. O a girar un cheque sin fondos. Formas clásicas del fraude y del engaño. Y si en este tipo de actos siempre hay un ganador, igualmente siempre hay un perdedor. Y como en el caso del sismo de 1985, a veces el perdedor pierde no sólo el patrimonio, sino la vida. La propia o la de los miembros de la familia.

El inmenso daño ocasionado por el sismo de Puerto Príncipe no puede ser explicado sin acudir al viejo expediente de la corrupción. Corrupción agravada y consustancial al régimen neocolonial que vive Haití. Porque no debe perderse de vista que Haití es una neocolonia de EU. Una neocolonia yanqui ocupada incluso militarmente, aunque esas fuerzas castrenses oculten su origen imperial concreto bajo la máscara que significa la bandera de la ONU.

Bien se sabe que colonias y neocolonias son terreno fértil para los negocios más jugosos. Comprarles barato y venderles caro. Venderles lo innecesario y, a precio de oro, lo imprescindible, como alimentos y medicinas.

¿Quién se puede oponer a estas prácticas? ¿Un gobierno puesto por el amo colonial? ¿Un prócnsul que representa a la metrópoli y no al país subyugado? Y ya aprovechado el negocio de la construcción fraudulenta (incluso el edificio de la ONU), ahora viene, indudablemente, el negocio, acaso más rentable, de la reconstrucción de la ciudad. ❶

[www.miguelangelferrer-mentor.com.mx](http://www.miguelangelferrer-mentor.com.mx)